

la Cyropedia, Horacio en algunas de sus sátiras, Plutarco en el *Banquete de los siete sabios*, Petronio en el *Satyricon* y Apuleyo en las *Metamórfosis*; ó en las calles de Atenas, como lo hacía aquel Philepsius de que habla Aristófanes en su comedia *Plutus*. En fin, éste se cree que fué el origen de las *Fábulas milesias y sibaríticas* que nacieron en Mileto y en Sybaris, dos ciudades famosas por su prostitución, y de las cuales salieron esos cuentos voluptuosos y libres que pronto se popularizaron en la Grecia, que tanto influyeron en la corrupción de las costumbres, que fueron imitados después en Roma con tanto éxito, y aun en los tiempos posteriores y en las naciones cristianas, á juzgar por las *Fabliaux* de los franceses, el *Decamerón* de Boccaccio y los *Cuentos de Lafontaine*.

Pero debemos observar que éstos eran, como lo hemos dicho, pequeños cuentos de amor, compuestos solamente con el objeto de inflamar los sentidos, y cuyas dimensiones no ofrecían dificultad para la tradición oral.

La antigüedad, con todo, privada de la imprenta para desarrollar y vulgarizar la novela filosófica, la novela histórica, la novela social, la novela religiosa, ó no concediéndoles grande atención y preferencia sobre los otros estudios, echó, por decirlo así, los gérmenes que debían

producir en nuestros tiempos tan fecundos resultados.

No permiten las dimensiones de esta revista hacer un estudio prolijo de tal materia, apoyado en citaciones justificativas, que es asunto largo y que llenaría volúmenes enteros; pero indicaremos hoy, aunque someramente y ateniéndonos al juicio de críticos profundos, algunas razones que fundan nuestro aserto.

Sin duda alguna que Herodoto mezcló á su historia multitud de leyendas increíbles y maravillosas, lo cual le trajo desde la antigüedad el renombre de *narrador de fábulas*. No nos metamos en inculparle, porque también es cierto que él escribió lo que oyó contar en sus viajes, trasladando á su historia, que no era una historia filosófica, aquellas tradiciones legendarias que en todo tiempo han sido el sabroso alimento de la imaginación oriental.

Pero la verdad es que la historia de Gyges, que la de Candaulo, la de Intapherno y de su mujer, y aquella del arquitecto del tesoro de Rhamsinit, el incesto de Mycerino y las galanterías de la hija de Cheops, que construyó una pirámide con el dinero de sus amantes, ó son mitos que los antiguos pueblos se transmitieron revestidos con las romanescas galas de la fantasía, ó simples historias que la multitud igno-



rante había desnaturalizado y cuyo verdadero origen permaneció oscurecido para siempre. Pero eso era el embrión de la novela histórica.

Otro tanto puede decirse de las bellísimas narraciones de Ctesias sobre Semíramis y Sardanápalo, que han inspirado á tantos ingenios modernos admirables obras literarias. Aquella gran reina conquistadora, poderosa por su genio y por su energía, terrible por sus pasiones y liviandades; aquel rey famoso por su afeminación y su voluptuosidad, por su lujo y su muerte trágica, ¿no son como los representa Ctesias, dos héroes de novela?

¿En la *Cyropedia* de Xenofonte no podremos vislumbrar la novela histórica y política, ya mejor tramada y con una intención tan filosófica y profunda, que no pudo menos de ser objeto de innumerables estudios en su época y en las posteriores?

Teopompo, con su célebre *Tierra de los Méropes*, llena de hombres y de animales maravillosos, con su *Anostos*, abismo lleno de un aire rojo, y con su  *río del placer* y su  *río de la pena* al borde de los cuales crecen árboles que dan frutos con propiedades análogas á las de esos ríos, ¿no parece el predecesor de las *Mil y una noches* ó de los *Cuentos de hadas*?

La *Atlántida* de Platón, ya que no pueda re-

putarse como la adivinación sorprendente de nuestra América, ¿no es con toda seguridad la novela política, es decir, la alegoría bajo la cual se esconden las atrevidas teorías del innovador que desea hacer aceptar á un pueblo entusiasmado el sistema y los dogmas de un gobierno ideal?

Todas las leyendas griegas sobre Héctor, Ajax y Aquiles, aquellas sobre Alejandro el Grande, que Quinto Curcio no hizo más que coleccionar, ¿no son acaso los orígenes de las leyendas de los Roldanes y de los Amadises; pero también de la novela heroica, de la novela histórica de nuestros días, tal como la vemos á veces en Dumas con sus *Mosqueteros*, en Walter Scott con su *Talismán* y su *Ivanhoe*, y en Fernández y González con su serie de leyendas moriscas y cristianas de España?

Hasta esas narraciones de viaje que en forma romanesca tanto nos encantan hoy, han tenido su origen en los tiempos antiguos. Señalemos en primer lugar la *Odisea*, el viaje de Apolonio de Tyana, el taumaturgo pitagórico que con tan bellos colores y tantas maravillas nos describe Philostrato, las narraciones de todos esos viajes de que nos habla Strabon, condenándolas, por supuesto como fabulosas, aquellas otras que acogía el mismo Diódoro de Sicilia sobre



la *isla afortunada* de que se aprovechó el Tasso en su *Jerusalem*, y tantas otras que sería largo enumerar. Bástenos decir que según vemos en el poema indio *El Ramayana*, es á la más alta antigüedad adonde se remonta el origen de estas narraciones.

A veces nos parecen esos viajes antiguos como el tipo de esos viajes satíricos y maravillosos que con tanta gracia han sabido hacer universales Swifte, Waton y Sterne escribiendo el *Capitán Gulliver*, el *Viaje al país de las monas* y el *Viaje sen'imen'al*.

En cuanto á las novelas religiosas, Mr. de Chateaubriand no ha sido ciertamente el primero que haya escrito una obra con la forma de *Los Mártires*.

.....

.....

Los ingenios modernos han sacado ya mucho partido de los libros santos, y han engalanado con las pompas de su imaginación los asuntos bíblicos; pero no han podido añadirles más belleza ni hacerlos más conmovedores. Las historias de Agar, de Rachel, de Ruth, de Esther, de Judith, conservarán siempre esa frescura, ese perfume, ese tierno sentimiento de la sencillez primitiva, que una fantasía privilegiada puede sobreeargar de adornos y de brillo; pero que no podrá embe-

lecer más. Porque es cierto, los psalmos pierden parafraseándose en las lenguas modernas: ningún poeta podría hacer más patético el libro de Job, ningún historiador podrá narrar el Génesis con más majestad que el inspirado autor de él. Sin embargo ¡qué de asuntos en el Antlguo Testamento! ¡Cuántos en las Actas de los Apóstoles! ¡Cuántos en los primitivos tiempos del cristianismo; en aquellos días de persecución y de prueba, en que el cristiano hacía una arma de su fe, un escudo de su pobreza y una tribuna de su martirio, hasta lograr que cayesen por tierra el paganismo, arraigado por tantos siglos y el cesarismo romano, fundado sobre tantas glorias!

En esos mismos tiempos, ya varios autores emprendieron la novela religiosa, y nos quedan pruebas de ello en las bellísimas páginas de las *Clementinas* y en los libros que escribieron los solitarios de las Tebaidas.

Las novelas amorosas, diremos para concluir, tienen su origen en las *Fábulas milesias*, como lo hemos referido, en las *Metamórfosis* de Apuleyo, en el *Satyricon* de Petronio, libro escrito este último en un hermoso latín, pero cuya impureza repugna como en Apuleyo, teniendo, con todo, el mérito de representar al vivo las costumbres depravadas de la juventud romana que



vivía entre cortesanas y libertos impúdicos entre festines escandalosos y orgías indescribibles. El *Satyricon* es una novela en prosa y verso, delante de la cual los cuentos libertinos de Pigault Lebrun y de Paul de Kock parecen pálidos, pudiendo apenas comparárseles algunos infames libros del tiempo del Directorio en Francia. La *Historia Eubea* de Dion Chrysóstomo, es en cambio una narración graciosa y llena de moralidad, es una pastoral encantadora. La *Teágenes y Clariclea* de Heliodoro ha sido traducida por Amyot, elogiada por Boileau, y era la lectura favorita de Racine. La *Daphnis y Cloé*, que hace todavía las delicias de los jóvenes, es muy conocida para que hablemos de ella. Muchos escritores, según hemos podido ver, querían adivinar en este idilio adorable de autor desconocido, la primera novela de la antigüedad. Es, sin duda, según los críticos, la mejor pastoral; pero ya hemos dicho que databa de tiempos anteriores el origen de la ficción romanesca.

Sólo nos queda que añadir, que ni J. J. Rousseau, ni Goëthe, ni Richardson, son tampoco los primeros que hayan escrito novelas epistolares, y que son los antiguos los iniciadores también de este artificio literario, por el que, lo decimos de paso, tenemos una predilección extraordinaria.

Alciphron había ya escrito sus preciosas *Cartas de pescadores de parásitos y de cortesanos*, y Forneo sus *Cartas eróticas*. Alciphron, sobre todo, es delicioso, y tiene cartas que estarían bien en una novela moderna. En una de ellas se refiere la famosa defensa que hizo Hipérides delante del Areópago, de la hermosa cortesana Phryné, acusada de impiedad, y absuelta cuando la desnudó su defensor y mostró aquella belleza ante los viejos jueces, que idólatras del arte, la consideraron como la obra más bella de los dioses que la Grecia entera acabó por adorar, copiándola en la Venus de Gnido.

Pero dejemos ahora estos orígenes de la literatura romanesca, y atravesemos los siglos de la Edad media y los primeros de la Edad moderna, en los que florecieron esas leyendas, hermosas á veces, pero las más absurdas y fabulosas, á que dió nacimiento la mezcla de barbarie, de galanterías y de heroísmo de aquellos tiempos, y que se llamaron *Libros de caballerías*, más célebres todavía que por ellos mismos, por haber sido la causa de que viniese al mundo una obra admirable y eterna—*el Quijote*. Lleguemos al fin del siglo pasado y á la época presente, en que debe colocarse, en realidad, el apogeo de la novela, y en que se ve de bulto



su inmensa importancia en la civilización y en las costumbres.

Ya Voltaire y Rousseau emprendieron la tarea de popularizar sus teorías filosóficas con la forma novelesca, y dieron verdaderamente desarrollo á la novela filosófica. El primero escribió una serie de historietas en las que disfrazó sus ideas; con tal objeto se aprovechó de todos los recursos de la fantasía: el sentimiento, el ideal, la sátira, la caricatura.

El segundo siguió un sistema diverso. Dotado de mayor sensibilidad y de mayor destreza para manejar los ocultos resortes del corazón humano, escribió obras que tuvieron una reputación universal y causaron una conmoción en el pueblo francés. Rousseau se abrió paso en el corazón de las mujeres con el exquisito sentimiento y preocupaba hondamente los espíritus.

Poco después que estos dos escritores, vino Bernardino de Saint-Pierre con su bellísima creación de *Pablo y Virginia*, en que supo reunir á la frescura é inocencia del idilio, todo el interés del drama y la amargura y tristeza de la elegía. Esta obra incomparable ha obtenido, como las grandes obras del genio, un renombre universal y el privilegio de hacer derramar lágrimas en todos los pueblos civilizados, y donde

quiera que latén generosos pechos y que hay almas tiernas y virtuosas. *Pablo y Virginia* es el ideal de perfección que soñó la antigüedad al producir sus pastorales, á las que faltaba la dulzura de la virtud de estos dos jóvenes amantes, para llegar á la sublimidad.

Casi por este mismo tiempo la Alemania se conmovía por la aparición de las novelas de Goëthe, novelas en que el sentimiento se llevaba á un grado de exaltación que podía producir el extravío. El autor de *Werther* y de *Wilhelm Meister* fundó, por decirlo así, una escuela novelesca, así como fundó con el *Fausto* una escuela poética. Eran los primeros vagidos del romanticismo moderno.

Pero la impresión causada por todas estas obras, tanto francesas como alemanas é inglesas, pronto se olvidó, y aun la literatura romanesca se detuvo en sus progresos á la llegada de la revolución que agitó al mundo á fines del siglo XVIII. Los tremendos rugidos de aquella tempestad todo lo acallaron en derredor suyo, y las grandezas trágicas de la revolución eclipsaron pronto la modesta gloria de la leyenda. El estampido del cañón aturdía á la Europa, y en medio del fragor de aquellos combates ciclópeos apenas se oían los cantos del patriotismo, ó la voz de los tribunos, ó el gemido de las víctimas.



Todo en aquella época estaba trastornado por la fiebre política. Pero pasó, y la nueva florecencia de la literatura debía ser más fecunda en el presente siglo. Hé ahí que hemos llegado al tiempo en que la novela, dejando sus antiguos límites, ha invadido todos los terrenos y ha dado su forma á todas las ideas y á todos los asuntos, haciéndose el mejor vehículo de propaganda.

No hay que decir ahora que la novela es una composición inútil y frívola, de mero pasatiempo, y de cuya lectura no se saca provecho alguno, sino por el contrario, corrupción y extravíos. Verdad es que de muchas no sólo puede decirse esto, sino que son dignas de condenación, debiendo atacarse con tanta más energía sus efectos y evitarse su influencia, cuanto mayor es el atractivo que tienen; pero por fortuna la reprobación pública las hiere apenas han nacido, y no faltan ingenios que se apresuran á dar el contraveneno necesario para impedir los estragos de la idea inmoral.

Pero generalmente hablando, la novela ocupa ya un lugar respetable en la literatura, y se siente su influencia en el progreso intelectual y moral de los pueblos modernos. Es que ella abre hoy campos inmensos á las indagaciones históricas, y es la liza en que combaten todos

los días las escuelas filosóficas, los partidos políticos, las sectas religiosas; es el apóstol que difunde el amor á lo bello, el entusiasmo por las artes, y aun sustituye ventajosamente á la tribuna para predicar el amor á la patria, á la poesía épica, para eternizar los hechos gloriosos de los héroes, y á la poesía satírica para atacar los vicios y defender la moral.

Todo lo útil que nuestros antepasados no podían hacer comprender ó estudiar al pueblo bajo formas establecidas desde la antigüedad, lo pueden hoy los modernos bajo la forma agradable y atractiva de la novela, y con este respecto no pueden disputarse á este género literario su inmensa utilidad y sus efectos benéficos en la instrucción de las masas. Bajo este punto de vista, la novela del siglo XIX debe colocarse al lado del periodismo, del teatro, del adelanto fabril é industrial, de los caminos de hierro, del telégrafo y del vapor. Ella contribuye con todos estos inventos del genio á la mejora de la humanidad y á la nivelación de las clases por la educación y las costumbres.

La historia de ese gran libro de la experiencia del mundo está de hoy en más, abierto ante todos los ojos, y su conocimiento no será el privilegio de un grupo de hombres favorecidos por la suerte, pues engalanada con los atavíos de la



leyenda, se la hace aprender al pueblo, que saca de ella provechosas lecciones. Algunos opinan que esta manera de escribir la historia la desnaturaliza, y corrompe las fuentes de la verdad. Nosotros respondemos que no hay forma histórica que no ofrezca ese peligro cuando el escritor carece de criterio, ó cuando el interés de un partido se apodera de tal recurso para hacer triunfar sus ideas. Dad el buril histórico á un adulator de los Césares, y tendréis un pagnérgico vergonzoso; dadlo á Tácito y tendréis á la verdad majestuosa denunciando las infamias de la tiranía. Leed las páginas de Solís sobre la conquista de Méjico, y veréis fábulas ridículas como las que puso Herodoto en su libro, desnaturalizando hechos verdaderos; pero estudiad á Prescott, que ha sabido con sana crítica descartar lo verdadero de lo falso, y tendréis la buena historia.

Así pues, la novela no es la que trae en sí este inconveniente, sino la intención ó la capacidad del escritor; y aquella novela histórica será más estimable, que presente los hechos con mayor imparcialidad: además de que para combatir los errores se ofrece el mismo medio á los autores que deseen defender la verdad contra la impostura.

Sin duda alguna la novela histórica ha hecho

un gran servicio, y por eso se cultiva hoy en casi todos los países civilizados. Su desarrollo en la bellísima forma moderna se debe á Walter Scott, que ha hecho conocer en todo el mundo con sus encantadoras leyendas la historia de su país, antes muy ignorada. El novelista escocés no sólo ha descrito con su mágica pluma los cuadros históricos de su patria, sino también algunos de la historia de Francia, como en *Quentin Durward*, y otros de la poética guerra de las Cruzadas, como en el *Talismán*, y al mismo tiempo ha pintado las costumbres de diversas épocas con una fidelidad sorprendente. Sus obras, que obtuvieron desde luego una boga inmensa y la siguen teniendo, no sólo produjeron el resultado de difundir el conocimiento de los hechos pasados y la afición á la historia filosófica, sino también el de fundar una escuela que se apresuraron á seguir numerosos escritores de diversos pueblos.

Después de él, una falange de jóvenes se ha precipitado en el mismo camino, y puede decirse muy bien que hoy apenas hay suceso notable, apenas hay secreto, apenas hay rey de Francia ó noble barón antiguo, que no haya tenido su novelista, porque después de agotadas las crónicas generales de Francia, los autores han acudido á los manantiales que les ofrecían las



crónicas particulares de las provincias, de las casas feudales y hasta de los castillos más pequeños. Todo se ha explotado ó se sigue explotando, de modo que la vida de un hombre no sería bastante larga para leer ese cúmulo inmenso de novelas históricas.

También se ha distinguido notablemente y debe ser mencionado al par que Dumas, un eminente escritor americano, Fenimore Cooper, que más semejante á Walter Scott que el escritor francés, escribió una serie de lindísimas novelas, describiendo con pincel maestro la fundación de las colonias europeas en los Estados Unidos, sus guerras con las valientes tribus aborígenes, y aun algunas de las proezas de sus héroes de la independencia. Tales cuadros de Cooper sorprenden por su originalidad; han tenido extraordinario éxito en el mundo, y con razón han sido colocados al lado de los del novelista escocés.

En la actualidad florece en España un ingenio tan fecundo como Dumas, y que añade á su fecundidad la circunstancia de tener un carácter literario propio y eminentemente nacional. Queremos hablar de D. Manuel Fernández y González, que ha escrito ya tantas novelas cuantas son suficientes para formar una biblioteca. Este escritor ha sabido aprovecharse de los ricos te-

soros que encierra para el novelista la historia de esa poética y grandiosa España, que por sus glorias, sus monumentos y su importancia en el mundo, tiene pocas rivales. Estos tesoros aun no están agotados y tardarán mucho en agotarse todavía. Las novelas españolas están obteniendo una boga inmensa, no sólo en la Península, sino en todos los países en que se habla la hermosa lengua castellana, y se traducen diariamente á las otras lenguas, llegando hoy su turno á la historia española de llamar la atención, como la llamó ayer la francesa por medio de la novela. Fernández y González es tan popular como Walter Scott y Dumas, en las naciones hispano-americanas particularmente, y tanto, que se da la circunstancia notable de estarse reproduciendo sus obras en los folletines de casi todos los periódicos mejicanos, y se agotan las ediciones que vienen de España. Por lo demás, justo es decir que Fernández y González ha tenido como predecesores en la novela histórica española, á Larra, á Aiguales de Izco, á Ariza, á Navarro Villoslada y á otros que produjeron pocas, pero notables obras de este género. Así pues, España que ya ocupa el primer lugar por su obra inmortal *El Quijote*, ocupará uno muy distinguido también por sus novelas modernas.

En cuanto á la América española, nosotros no



sabemos de otra producción más feliz que la *Amalia* de Mármol, cuadro palpitante y bellísimo, como todo lo que crea ese eminente poeta, de una época dolorosa para Buenos Aires, aquella de la dominación de Rosas. Esta novela rivaliza con ventaja con las mejores europeas. Ultimamente se han publicado también en la América del Sur otras muchas desconocidas en Méjico y que sería largo enumerar.

Las doctrinas sociales, todos los principios de regeneración moral y política, propiedad exclusiva antes de la tribuna, de la cátedra y del periódico, se apoderan también de la novela y la convierten en un órgano poderoso de propagación. Para no mencionar otras, ahí están algunas novelas hermosísimas de Clemencia Robert, esa tierna poetisa del pueblo, ahí está la *Cabaña del tío Tom* que interesó al mundo de los desgraciados esclavos y que dió impulso á la revolución abolicionista de los Estados-Unidos; ahí están las obras de Balzac, de las que cada una es un estudio de la sociedad moderna con sus dolores y sus esperanzas, con sus vicios y sus virtudes.

Verdad es que en este punto hay infinidad de producciones estúpidas que desconceptúan tanto al que las escribe como al que las lee, sucediendo lo mismo en la novela moral; pero

entiéndase que nosotros queremos hablar de aquellas obras en las que resplandese el talento y que encierran una intención filosófica, noble y útil, no de aquellas que pervierten el buen sentido, y unen á la frivolidad más grande, la maldad más profunda. Descartaremos, pues, de nuestra lista las historietas de Paul de Kock, de una moral equívoca, por más que sean estudios acabados de las costumbres francesas, y los infames cuentos milesios del tiempo del Directorio, del Consulado y del Imperio en Francia, producto de la disolución de costumbres que siguió á los grandes trastornos de aquella época, y uno de los cuales valió á cierto marqués de Sardes un encierro en la torre de Vincennes. Así hemos descartado también de la novela histórica las desgraciadas y soporíficas leyendas del vizconde d' Arlincourt, que hicieron las delicias de los ignorantes hace treinta años, y así descartemos de la novela de costumbres toda esa cáfila de cuadros disparatados de la sociedad americana, pintados por charlatanes extranjeros, y que no merecen mención, si no es para condenarlos al desprecio.

En las novelas de costumbres se necesita tan grande dosis de fina observación y de exactitud, como para las novelas históricas se necesitan instrucción y criterio. De otro modo sólo se pro-



ducirán monstruosidades ridículas, que no merecerán más elogio que el *risum teneatis* de Horacio. Así pues, descartaremos también de las novelas de costumbres algunas del americano *Maine Reid*, que tiene protensiones de imitar á Cooper, y que ha pintado á los mejicanos de un modo que ni ellos mismos se conocen.

Por igual razón condenaremos algunos cuentos estúpidos de Octavio Feré y de otros muchos que han pretendido dibujarnos, y sobre todo, esa *Esposa mártir*, que Pérez Escrich no ha tenido empacho en publicar y aun enviar á Méjico hace poco, tan desdichada como todas las suyas, pero en que tiene el raro acierto de ensartar tantas necedades con respecto á nosotros, que indignarían si no hiciesen reír de buena gana.

Pero no hay duda en que los cuadros de costumbres de ese mismo Walter Scott, padre de la novela histórica, los de Carlos Dickens, los de Fernán Caballero y los de Elías Berthet, son de una verdad sorprendente y reúnen á una moralidad intachable, una gracia y una sencillez que hechizan.

El simple cuento de amores ocupa el último lugar por su importancia, y en él no deben buscarse más que elevación, verdad, sentimiento delicado y elegancia de estilo. La novela pura-

mente amorosa debe ser un ramillete de flores que recree la vista y halague los sentidos, y que si no muestre alguna cuyo perfume sea saludable, al menos no oculte otra venenosa; debe ser una copa de sabroso licor, que si no contenga alguna medicina desleída, al menos no produzca torpe y peligrosa embriaguez que haga daño, ó tósigo que cause la muerte.

En la leyenda de amores, lo confesamos, puede haber gran peligro. La juventud gusta de ella, la busca con afán y la devora sin precaución. Justamente es el tiempo en que el corazón, semejante á una flor de la mañana, se abre inocente y puro á las primeras impresiones, y las acoge y las guarda con ternura. ¡Ay de él si en vez de una brisa pura y saludable, vienen á corroer su seno las exhalaciones infectas y desecantes del pantano del mundo! El corazón se marchitará pronto, en vez de permanecer lozano y fresco por toda la vida.

Tanto mayor es el peligro cuanto que los directores de la juventud, parientes ó maestros que defienden el alma joven del contacto del mundo y del vicio, no siempre son bastantes á impedir la entrada de esos pequeños libros dorados, en que se aprende demasiado pronto lo malo, y en que con el dulce néctar del sentimiento se bebe el corrosivo veneno de la duda,



del desprecio al honor, juntamente con el amor al deleite sensual. Los cuadros seducen, las recitencias malignas despiertan la curiosidad, el lenguaje de la lectura embriaga, y si no se encuentra en la pasión una fuerte dosis de moralidad, el alma se extravía.

Pero nosotros deseamos la moral ante todo, porque fuera de ella nada vemos útil, nada vemos que conduzca á la dicha, nada vemos que pueda llamarse verdaderamente placer; y como los sentimientos del corazón tan fácilmente pueden ser conducidos al bien individual y á la felicidad pública cuando se forman desde la adolescencia, deseamos que en todo lo que se lea en esta edad haya siempre un fondo de virtud. Lo contrario hace mal, corrompe á una generación y la hace desgraciada, ó por lo menos la impulsa á cometer desaciertos que son de difícil enmienda.

El *Werther* de Goëthe extravió muchas almas; más de un corazón puro ha debido sus desdichas á una novela de Jorge Sand; muchos de esos libertinillos de pacota, de esos *calaveras silvestres y lampiños*, como los llama Fígaro, toman sus modelos en las novelas coloradas de Pablo de Kock y van á un presidio por ello de cuando en cuando; algunas damas encopetadas han querido reproducir á *Adriana de Cardoville* y á la *Dama de las perlas*, y cuando estuvo en

boga *La Dama de las Camelias*, se vieron pasiones singulares, no por heroínas cuyo apoteosis justifica Dumas [hijo] con el sentimiento, sino por criaturas perdidas que no valían la pena.

En el cuento de amores el ingenio puede hacer lo que quiera; y ya que lo puede todo, ¿por qué no reunir el encanto á la moral? Las luchas del corazón no necesitan del vicio para ser interesantes. Se dirá —Pero así es el mundo.— Enhorabuena; pero ¿por qué en vez de condenar con el ridículo ó con la desgracia esas negras realidades de la vida, añadirles la seducción de la poesía y el atractivo de la forma?

Bajo este punto de vista Walter Scott es irreplicable, y al acabar de leerse cualquiera de sus novelas, se siente una impresión indefinible de placer.

Una nueva escuela, alemana por cierto, ha añadido todavía á la forma romanesca un atractivo más, lo fantástico; lo fantástico á que son tan inclinadas las imaginaciones del Norte. Pero lo fantástico de cierta especie, no lo fantástico de los pueblos primitivos que es común á todos los países y que ha nacido del terror religioso y de la ignorancia, sino lo fantástico ideal, si podemos expresarnos así. Hoffman es el padre de esta escuela, que se ha seguido en Francia y en que se han hecho débiles ensayos en



España. Los cuentos de Hoffman han adquirido gran celebridad, y nosotros no los admiramos tanto por su originalidad, como por su exquisito sentimiento.

En fin, la novela es el monumento literario del siglo XIX. Si este monumento es grandioso ó indica la decadencia de la civilización, no lo sabremos decir, y tocará á las generaciones futuras declararlo; pero lo cierto es que este género, antes apenas conocido y cultivado, ha llegado hoy á su completo desarrollo, y que, Proteo de la literatura, ha aceptado todas las formas y se ha revelado á todas las inteligencias.

No concluiremos este ensayo, sin advertir que nosotros hemos considerado la novela como lectura del pueblo, y hemos juzgado su importancia no por comparación con los otros géneros literarios, sino por la influencia que ha tenido y tendrá todavía en la educación de las masas. La novela es el libro de las masas. Los demás estudios, desnudos del atavío de la imaginación, y mejores por eso, sin disputa, están reservados á un círculo más inteligente y más dichoso, porque no tiene necesidad de fábulas y de poesía para sacar de ellos el provecho que desea. Quizás la novela está llamada á abrir el camino á las clases pobres para que lleguen á la altura de este círculo privilegiado y se con-

fundan con él. Quizás la novela no es más que la iniciación del pueblo en los misterios de la civilización moderna, y la instrucción gradual que se le da para el sacerdocio del porvenir. Quién sabe! el hecho es que la novela instruye y deleita á ese pobre pueblo que no tiene bibliotecas, y que aun teniéndolas no poseería su clave; el hecho es que entretanto llega el día de la igualdad universal y mientras haya un círculo reducido de inteligencias superiores á las masas, la novela, como la canción popular, como el periodismo, como la tribuna, será un vínculo de unión con ellas, y tal vez el más fuerte.

Hemos hecho este ensayo expresamente para venir á parar á la novela de nuestro país. Como se ve desde luego, estamos en la infancia en el cultivo de este ramo de la literatura. Sin embargo, algunos ingenios, aunque muy pocos, han abierto ya el camino, y debe mencionarse en primer lugar á Don Joaquín Fernández Lizardi, que tan popular es en Méjico bajo el seudónimo de *El Pensador Mejicano*, cuyas obras son sin duda las más conocidas de nuestro pueblo, y á quien puede llamarse con razón el patriarca de la novela mejicana.

La más famosa de ssas obras es el *Periquillo*, de la cual es inútil hacer un análisis, porque puede asegurarse, sin exageración, que no hay



un mejicano que no la conozca, aunque no sea más que por las alusiones que hacen frecuentemente á ella nuestras gentes del pueblo, por los apodos que hizo célebres, y por las narraciones que andan en boca de todo el mundo. Lo que sí diremos, es que el *Pensador* se anticipó á Süe en el estudio de los misterios sociales, y que profundo y sagaz observador, aunque no dotado de una instrucción adelantada, penetró con su héroe en todas partes, para examinar las virtudes y los vicios de la sociedad mejicana, y para pintarla como era ella á principios de este siglo, en un cuadro palpitante, lleno de verdad y completo, al grado de tener pocos que le igualen.

Si algo puede tacharse al *Pensador*, es su estilo, que sea intencionalmente ó porque no pudo usar otro, es vulgar, lleno de alocuciones bajas y de alusiones no siempre escogidas. Pero ciertamente, si hubiese usado otro, ni el pueblo le habría comprendido tan bien, ni habría podido retratar fielmente las escenas de la vida mejicana. Este reproche del estilo que le han dirigido críticos poco profundos, queda desvanecido desde que vemos á autores afamados como Víctor Hugo y Eugenio Süe, hacer hablar á sus personajes el *argot* del populacho más bajo de París. Evidentemente éste, lejos de ser un de-

fecto, es una cualidad, porque retrata fielmente las costumbres. El *lépero*, la *china*, el *bandido* y aun el *currutaco*, el *estudiante* y las *damas* de entonces, no podían hablar el lenguaje del petimetre de hoy, ni el de las damas de nuestra aristocracia, ni el de los hombres instruidos de la actualidad.

En cuanto á la forma del *Periquillo*, no puede acusarse al *Pensador* de no haberla hecho más elegante. El no tenía más que los moldes antiguos que imitar y los imitó cuanto pudo. El *Periquillo* está modelado en el *Quijote*, en *Rinconete y Cortadillo*; en el *Picaro Guzmán de Alfarache*, en el *Lazarillo de Tormes*, en el *Gran Tacaño* y en el *Gil Blas*, por ejemplo. Las aventuras del héroe están narradas con método y conservan su interés hasta el fin, como las del *Gil Blas*, con el que tiene mayor semejanza.

Esta fué la primera novela nacional. Nosotros omitimos aquí el análisis de las demás obras del *Pensador*, que tienen el mismo estilo y la misma intención filosófica. Después vinieron algunos juguetes de Villavicencio, más conocido con el nombre del *Payo del Rosario*, pero ellos, más bien que la forma romancesca, revestían la forma de sátira política.

Hubo un paréntesis de largo tiempo. Nuestros antepasados de hace cuarenta años conde-